

LLAMAS DE HIELO

A veces, las cosas ocurren así, sin más. Como si una mano divina chasqueara de pronto los dedos, y las ruedas engrasadas del destino hicieran por él todo el trabajo sucio. Como los matones corpulentos y silenciosos del típico mafioso italiano de las películas de los cuarenta al golpear a alguien, o los basureros que se encargan de vaciar los contenedores durante la noche. Incluso como el padre de familia que al plegar de trabajar saca la basura y escupe a continuación en el suelo sin siquiera darse cuenta.

Hay veces en que las cosas simplemente suceden sin ninguna explicación. Y encontrar respuestas a semejantes sucesos acaba por volverte completamente loco. Así, sin más, las cosas ocurren y la mayoría de las veces no podemos hacer otra que lamentarnos por ello y tratar de superarlo cuanto antes. Así lo pensé de nuevo mientras mis ojos contemplaban con la vista perdida los envases multicolores que poblaban las

estanterías de la sección de cereales del supermercado en el que me había metido para resguardarme de la lluvia y aprovechar de paso para trabajar un rato.

Perdonad semejante rodeo, pero ni siquiera mis pensamientos están tan finos y centrados como me gustaría que estuvieran. A lo que iba. Han sido tantas las cosas que he tenido que superar de este modo: La muerte de mis padres cuando tenía seis años. Las palizas de mi tío borracho hasta que cumplí los trece. Los problemas que tuve con la ley hasta cumplir los diecisiete y me sacaron del reformatorio. Muchos problemas he tenido que superar yo sólo; sin ayuda de nadie. Valiéndome únicamente de mi astucia y mi cerebro (aunque lo cierto es que me faltan ambas cosas).

A los diecinueve me metieron en la trena por robo a mano armada. No fue gran cosa; simplemente un sencillo atraco en una tienda de licores del centro de la ciudad. Conseguí llevarme casi trescientos euros de un sólo golpe y logré largarme de allí sin utilizar para nada mi juguetito de nueve milímetros que un colega que me debía un favor me consiguió suplicándole un poco. Por desgracia para mí, la cámara de vídeo de un cajero automático me filmó cuando abandonaba la escena del crimen e hizo un excelente primer plano de mi rostro, con la pipa en la mano y una bolsa de lona negra llena de papeles de diez, de veinte y de cincuenta.

Para qué contaros lo demás. Mediante las clásicas ruedas de identificación pudieron sumar varios atracos más a mi extensa lista de delitos, y cuando me di cuenta hacia cola ante un mostrador de la prisión para que me dieran un uniforme color butano y una pastilla de jabón. Pasé cinco años entre rejas; cinco infernales

años que me hicieron mucho más fuerte de lo que tuve que ser durante mi juventud.

Me sacaron hace apenas un par de meses. Llevo desde entonces pateándome las oficinas de la Inem de toda la ciudad y la mayoría de las putas empresas de trabajo temporal que salen en la guía telefónica. Logré encontrar un trabajo digamos "decente" en una fábrica de hilos de coser. Pero a los tres días contados de empezar a currar, me dieron la carta de despido alegando que las expectativas de mercado habían bajado considerablemente. En aquél instante supe que los rumores de que había estado entre rejas fueron corriendo por la empresa, y si os digo la verdad, el odio corrió entonces por mi sangre, del mismo modo en que lo hizo durante mi dura juventud. En aquél momento decidí que la única opción que me quedaba para lograr pagar el alquiler del piso en en que me había metido, era haciendo aquello que mejor se me daba.

Las últimas horas las había pasado en un tugurio del casco antiguo de la ciudad; en un bareto oscuro y deprimente donde suena música de jazz las veinticuatro horas del día. Una fina llovizna me había acompañado desde que salí de la boca del metro hasta que crucé el umbral del pub, y nada mas cerrar la puerta a mi espalda sentí que aquél lugar me inspiraba dulces y a la vez amargos recuerdos de mi época más rebelde.

Hasta las ocho de aquella tarde las había pasado sentado en la barra sobre un taburete que cojeaba, y me había metido cinco combinados de JB y un par de cervezas. Estoy a punto de cumplir los veinticinco, pero soy de aquellos que prefieren meterse la clásica mierda de toda la vida para ponerse a tono. Las rayas de coca y

las "pastillitas de colorines" las dejo para los maricones de hoy en día que no saben cómo pasárselo bien. Yo, por el contrario prefiero un par de copas bien cargadas y una rubita de tetas enormes para pasármelo de cojones; no necesito más química que la que el señor Jim Beam o el mismísimo Jack Daniels son capaces de meter en sus magníficas botellas de gloria destilada y envejecidas en barricas de roble.

Según mi peluco, eran las ocho y cinco cuando abrí la puerta de aquél supermercado. La calle permanecía tranquila a aquellas horas y si os digo la verdad me sentía extasiado al ver a la poca gente que, como yo, paseaba bajo la fina llovizna que no dejaba de caer. Ataviado con un abrigo estilo soldado alemán en el frente ruso largo hasta los tobillos, con una glock de nueve milímetros y el cargador lleno metida en el bolsillo interior, parecía un policía fuera de servicio que se dirige a comprar unos donuts y tal vez unas cervezas.

La verdad es que no recuerdo las veces que he hecho lo que estaba a punto de hacer. Han sido tantas. Pero al ver mi reflejo ante el cristal de uno de los congeladores del fondo del súper fue cuando abandoné mi personalidad de "típico comprador" y dejé que mi sangre de "sospechoso habitual" se apoderara de mí e inspeccionara los alrededores:

La tienda se hallaba tan tranquila como las calles que me habían conducido andando hasta allí. Una única cajera pasaba por el lector de códigos de barras la compra de una dulce ancianita de cabello níveo y expresión cansada en sus ojos, y una gorda de por lo menos cien kilos y pico contemplaba con mirada de delirio en sus ojos oscuros la sección de barritas de

chocolate y otras chucherías hasta el punto de que me pareció que incluso babeaba. Durante varios instantes contemplé a semejante y enorme mujer luchando contra sus instintos comilones, y si he de ser sincero admiré su fuerza de voluntad cuando decidió proseguir con la "ronda de compra" y dejar atrás lentamente los donuts de chocolate y las barras recubiertas de caramelo. Mi admiración se derrumbó por completo cuando al fin la mujer cedió a sus impulsos y cogió cuatro paquetes de croissants de chocolate que depositó en el cesto metálico que llevaba. Y por si no me hubiera defraudado lo suficiente, cogió también un paquete de diez barritas de chocolate Mars. Con una sonrisa satisfecha en los labios y sin darse cuenta que la había estado observando, la mujer se dirigió hacia la caja para pagar su glotonería.

Yo meneé la cabeza y no pude evitar sonreír. Pero no porque semejante gorda hubiera demostrado tan poca fuerza de voluntad. Lo cierto es que sonreí porque el único cliente aparte de mí que quedaba en el establecimiento era un hombre de mediana edad que, de pie frente a la sección de vinos y licores, dudaba entre una botella de vino blanco del Penedès, o uno de tinto de La Rioja. Aventuré que posiblemente iba a cenar a casa de su hijo y quería causarle buena impresión, a él y a Su nuera.

Dediqué los siguientes minutos en vigilar la puerta de entrada al súper para así controlar a cualquiera que entrara allí con ansias compradoras de última hora, mientras una parte de mi atención seguía fija en aquél hombre de cabello ralo y mirada cansada que seguía sosteniendo las dos botellas en sus manos. Antes de que pudiera acercarme a él para prestarle mi ayuda en tan

difícil elección, el hombre cogió las dos botellas y se dirigió, con paso enérgico hacia la joven cajera que permanecía de pie en su mostrador. Yo lo seguí a escasos pasos de distancia, diciéndome a mí mismo que el momento era perfecto.

Aproveché la espera de mi turno para contemplar a la cajera, y durante un par de segundos admiré su peculiar belleza y sensualidad. No aparentaba tener más de diecisiete años y su mirada de niña así parecía confirmarlo. Ataviada con una sencilla camiseta de finos tirantes de color fucsia y enfundada en unas mallas verdes tan ajustadas que marcaban a la perfección sus bragas (lo que ocurre cuando una no se pone un buen tanga), devolvió el cambio al anciano de las botellas y le dirigió un gesto cortés mientras yo me acerqué a ella para empezar mi trabajito.

Cuando vio que me plantaba ante ella sin nada en las manos percibí cierta incompreensión en su rostro. Era preciosa. Rubia, ojos azules y cristalinos, delgadita (tal vez demasiado para mi gusto). Una de aquellas preciosidades que crees que se mantienen vírgenes hasta los veintipico. Pero tanto el tatuaje de su antebrazo en forma de mariposa, como sus (a ver si lo escribo bien) piercings consistentes en dos aros en su ceja derecha y uno en el labio inferior, me sugerían que su coño estaba tan explotado como un viejo pozo petrolífero del sur de Texas. Incluso por sus labios me pareció una experta succionadora de pollas traga esperma (perdonad mi vocabulario).

Me la quedé mirando unos segundos e incliné ligeramente la cabeza en su dirección. Durante escasos segundos sentí su respiración en mi rostro y no pude evitar notar la erección debajo de mi abrigo. No porque

me excitara ella en sí; sino porque me la imaginé haciéndote cualquier cosa que pudieras pedirle.

Sus ojos azules me escrutaron de arriba a abajo y en aquél instante supe que ella había advertido de qué palo iba yo. Saqué lentamente la pistola de mi bolsillo con ademanes cuidadosos y la dejé con más cuidado todavía sobre la cinta transportadora que permanecía detenida. Todavía ligeramente inclinado en su dirección noté que se mantenía fuerte. Temblaba ligeramente como sería habitual en una situación semejante y sus ojos despedían el inconfundible resplandor del miedo. Pero, pese a ello, tuvo las suficientes agallas para permanecer inmóvil y callada: como una profesional.

–Coge todo el dinero de la caja y mételo aquí dentro– solté con mi habitual tono de voz ronco mientras sacaba una bolsa de papel marrón de otro de los muchos bolsillos de mi abrigo y se la tendía con amabilidad. Con movimientos nerviosos pero efectivos, la chiquilla vació la caja en apenas unos segundos y se detuvo en seco en el instante en que dos personas entraron en el establecimiento. En aquél momento mi corazón hasta entonces tranquilo se desbocó al igual que un nervioso purasangre, y la joven cajera de cabello rubio empezó a sudar copiosamente.

Me disponía a arrebatarle la bolsa que sus manos seguían sosteniendo, cuando uno de los dos recién llegados a los que yo ni siquiera había mirado se acercó a nosotros. Por el rabillo del ojo advertí la cazadora de cuero algo mojada que lucía el recién llegado y advertí también la gorra azul que calzaba calada hasta las orejas. El sonido de sus pasos al acercarse a la caja se vio acompañado por el inconfundible sonido del metal

de las esposas que llevaba en su cinturón. Y yo, con la mirada fija en los ojos bellos y azules de tan aterrada chiquilla desplazé la mirada en dirección al recién llegado cuando sus palabras rasgaron la tensa atmósfera que se había cernido sobre nosotros cual niebla de los infiernos dispuesta a devorarnos:

—¿Tienes tabaco, guapa?

La mirada del policía se perdió en el escote de la cajera durante apenas unos instantes. Pero poco después, sus ojos oscuros y profundos advirtieron las gotas de sudor que resbalaban por su bello rostro y su instinto le advirtió de que algo no cuadraba a su alrededor. Fue entonces cuando el poli; un muchacho de más o menos mi edad, con el cabello negro cortado a cepillo y una perilla perfectamente recortada torció la cabeza ligeramente hacia mí y nuestras miradas se cruzaron por fin. En aquél instante advertí en sus ojos que sabía qué estaba sucediendo; y eso que ni siquiera había visto todavía la pistola que seguía sobre la cinta transportadora.

Tres fueron los segundos que transcurrieron con nuestras miradas cruzadas en silencio; tres eternos segundos que para mí fueron tan prolongados como dos horas en el dentista. Por mero instinto de supervivencia, desplazé mi mano derecha hacia la culata de la glock, mientras mis ojos seguían los movimientos de la diestra del poli acercándose casi a velocidad de vértigo a su costado derecho. El cálido contacto de la empuñadura de roble de mi pistola me otorgó una sensación de poder infinito que me transmitió la suficiente serenidad de mente como para apuntar al policía a su pecho y apretar el gatillo una única vez. Pero a partir de allí, mi alma pareció

abandonar mi cuerpo y apenas fui consciente de todo lo que sucedió después: era como contemplar la escena que sucede en la pantalla de un cine de barrio; como si no fuera uno mismo el protagonista de tales sucesos:

El atronador estallido de la pipa que mi mano derecha sujetaba me sobresaltó casi tanto como a la cajera que seguía a escasos centímetros de mi; todavía tras su mostrador y tan asustada como para siquiera pensar en escapar. Su chillido asustado y febril se mezcló con la explosión que todavía martilleaba en mis oídos con una fiereza sin igual, y yo, con ojos apagados y casi perdidos contemplé cómo el policía era proyectado hacia atrás, por lo menos un par de metros. Hasta que su espalda impactó contra una estantería atestada de productos de limpieza.

Las botellas de Fairy y Mistol cayeron a su alrededor como los restos de una explosión devastadora y el rumor de semejante pandemonio me trasladó a un infierno particular en el que ni siquiera sabía quien era yo o qué había pretendido conseguir entrando en aquél supermercado a aquellas tardías horas de la tarde.

Las orejas me silbaban con la suficiente fuerza como para volverme loco; nunca hasta aquél instante había disparado una arma de fuego y, ni mucho menos había matado a nadie. Durante aquellos momentos de incertidumbre, la única cosa que pasó por mi cabeza fue la de tratar de salir del lugar y echar a correr de inmediato. Ni siquiera se me ocurrió pensar en la posibilidad de que en aquél establecimiento hubiera un circuito cerrado de televisión, y que una jodida grabación de una de las cámaras de seguridad podrían mandarme de vuelta al talego si conseguían identificarme.

Tenía que salir de allí cagando leches; no tenía tiempo de nada más y ni siquiera pensé en arrebatárselo a la cajera la bolsa llena de dinero que todavía seguía en su mano.

Di un paso hacia la salida y mientras me acercaba lentamente a la puerta contemplé la mirada vidriosa del policía caído a escasos pies de mí. No advertí sangre en su pecho; aunque tampoco me entretuve en asegurarme que estaba muerto. La única idea que tenía en la cabeza era la de salir de allí cuanto antes. Fue cuando me hallaba a menos de un paso del umbral cuando oí la voz autoritaria y segura de sí misma de un hombre tras de mí. Una voz tan fría y poderosa que me heló la sangre en las venas casi tanto como lo había hecho al disparar a aquél pobre hombre.

–¡Quédate dónde estás o te frío aquí mismo!

Yo me detuve en seco, pero no me di la vuelta. Mis ansias de salir de allí crecían dentro de mí y no tenía ninguna intención de permitir que me cogieran como a un cerdo. Había matado a un hombre; me torturaría por ello durante muchísimo tiempo, y a la vez, era consciente que para lograr la libertad tendría que volver a matar. ¿Podría vivir sabiendo que mis manos habían matado a dos patrulleros de servicio? Tendría que hacerlo, ya que no estaba dispuesto a pasar el resto de mi vida en la cárcel.

–¡Tira la pistola! - gritó el poli con convicción desde mi espalda- ¡Tira la pistola y pon las manos en la cabeza!

–Voy a darme la vuelta- tercié con voz temblorosa. Ignoro si el temblor era fingido o realmente estaba tan aterrado como parecía- No dispaes, ¿vale?

–¡Te he dicho que sueltes el arma primero- gritó el

poli con cierto titubeo que no me pasó desapercibido. Posiblemente estaba tan asustado como yo por lo que podría suceder en breves instantes. Me lo imaginé detrás de alguna estantería, tal vez a tres o cuatro metros de mí y posiblemente en la típica posición de disparo que enseñan en la academia. Yo no me moví y mis dedos se cerraron en torno a la pistola todavía con mayor fuerza. No sabía hasta qué punto podía tener una posibilidad de salir de allí, pero el tiempo pasaba deprisa y posiblemente algún vecino había llamado ya a la policía. En apenas cinco o seis minutos la calle estaría totalmente rodeada y entonces sólo habría una posibilidad para mí. Tenía que actuar deprisa:

–Primero me daré la vuelta y luego tiraré el arma al suelo– solté yo con voz asustada; tal vez más asustada de lo que había pretendido mostrar– No quiero que me disparen por la espalda estando desarmado.

–No voy a dispararte– soltó él con voz más relajada– No pienso hacerte nada si tú no me obligas a ello.

–De acuerdo– dije entonces meneando la cabeza en un asentimiento– Soltaré la pistola.

Hice ademán de aflojar la presión de mis dedos y percibí la mirada del agente completamente centrada en mi mano derecha. En aquél instante supe que tenía unas décimas de segundo para lograr cogerlo por sorpresa y no disponía de tiempo para prolongar más semejante situación Así que lo hice. Hice lo único que me quedaba por hacer.

Me di la vuelta con un veloz gesto de cintura y apreté el gatillo antes incluso de que el poli apareciera en mi ángulo de visión. El estallido de la pólvora fue todavía más ensordecedor que el que había oído unos minutos antes; pero me pareció que no sólo había

habido un fogonazo; sino que habían sido dos. Confirmé semejante presentimiento cuando algo abrasador atravesó mi pecho y un dolor agudo; como el de mil abejas concentradas en un único punto me perforaran la carne hasta salirme por la espalda.

Yo sólo había podido disparar una sola vez, pero sentí que una segunda bala se me incrustaba en el vientre en el mismo momento en que la glock de mi mano resbalaba por entre mis dedos hasta el suelo.

No oí las sirenas de la ambulancia ni la de los coches patrulla que se detuvieron ante la entrada del supermercado. Mis ojos se cerraron antes incluso de que mi cuerpo se desplomara al suelo y sentí que mi alma se elevaba hacia el cielo tan ligera como una pluma llevada por el viento. Dejé de sentir dolor. Dejé de sentir odio. Dejé aquél mundo que me había hecho sufrir y me elevé hacia la Eternidad sin saber si me esperaba el cielo o tal vez el infierno.

PASILLO ENTRE BARROTES

Mi nombre es Benjamin Webster y me hallo recluso esperando mi ejecución en el corredor de la muerte del Complejo Correccional Federal Butner, en Carolina del Norte.

Podría continuar este testimonio de lo que soy alegando que fui víctima del sistema, o criticando duramente a mi abogado de oficio; un crío acabado de salir de la facultad de Derecho, incapaz de sonarse los mocos sin la ayuda de su madre y sin ninguna experiencia en casos de asesinato; de hecho, sin ninguna clase de experiencia en derecho más allá de la recibida en la facultad. Por aquél entonces, seis años atrás, cuando me condenaron por lo que hice le hubiera descrito como eso, un niño recién licenciado que no recibió ninguna oferta de empleo de los bufetes más prestigiosos del país, y que para sobrevivir tuvo que mandar una solicitud a la Fiscalía General del Estado pidiendo un trabajo que le denegaron, y que al

final tuvo que conformarse con ser abogado de oficio. Pero aquí en el trullo he tenido mucho tiempo para pensar, y la verdad: No puedo culpar a mi abogado por algo que sólo yo hice.

Mi vida ha sido siempre un completo desastre. Ya de joven, antes de cumplir los catorce era aficionado a la marihuana y a la cerveza. Con el tiempo me pasé a la cocaína y cometí pequeños delitos robando coches y haciendo trabajitos de mayor envergadura tiempo después en viviendas de zonas residenciales con escasa vigilancia. No nadaba en dinero, por ello también atraqué licorerías y supermercados hasta que maté a un policía fuera de servicio que intentó detenerme en mitad de un atraco.

No voy a contaros cómo fue la cosa. Yo estaba medio colocado y empuñaba una Smith and Wesson de nueve milímetros que me vendió un colega por cuatro perras. Pese a ello recuerdo cada uno de los detalles de cómo acabé apretando el gatillo cuando advertí que el poli se llevaba la mano al costado, y escuché el estallido de la pólvora en la recámara como si de un trueno en mitad de una tormenta se tratara. Después de ello se hizo un silencio estremecedor. Un silencio tan álgido y profundo que solo se vio roto por un intenso pitido en mi oído derecho que tardó un par de días en desaparecer. Nunca hasta entonces había disparado a nadie, y la primera vez maté a un jodido policía. Por ello acabé en una prisión federal y consiguieron fácilmente imputarme la pena de muerte.

Durante los seis años que llevo en el corredor de la muerte he tenido tiempo para recordar cada uno de los detalles de aquella fatídica noche. Varias jarras de cerveza en un bar de mala muerte en un barrio

marginal de la ciudad. Unos cuantos wiskys en otro tugurio con unos amiguetes de toda la vida. Incluso rematé mi ingestión de sustancias nocivas con un par de rayas de coca que me metí en los lavabos antes de largarme a trabajar. Si a todo ello le sumas una nueve milímetros en la mano y una cajera de supermercado con más cojones que una legión de marines, sólo falta que un policía fuera de servicio de la división de homicidios vaya a comprar donuts y coca colas en el mismo supermercado para devorarlos viendo un partido de la Stanley Cup de hockey por la tele con los compañeros del curro.

Siempre he sido un arrogante pretencioso, de aquellos que nunca dan su brazo a torcer. Con ideas racistas en la cabeza y una esvástica roja tatuada en el brazo derecho y la espalda, al lado del águila del símbolo nazi, ya de muy joven apaleaba a negros de mi edad y tiraba piedras a las ventanas de sus casas. Se tenían que tener unos huevos impresionantes para meterse en el barrio negro a altas horas de la madrugada; unos huevos de elefante. O menos inteligencia que un mosquito. Y yo, muy a menudo y con chavales algo mayores que yo, nos internábamos en territorio enemigo y luchábamos a nuestra manera por el poder blanco y la supremacía aria.

Durante todos estos años he maldecido mi infancia y mi juventud. No voy a echarle la culpa a mi padre por abandonarnos a mi hermano y a mí cuando apenas teníamos cinco y tres años respectivamente. Tampoco voy a menospreciar y culpar a mi madre por trabajar catorce horas al día tratando de sacar adelante a la familia. Nos faltó amor y atenciones, pero el camino que yo tomé lo acabé tomando por decisión propia.

Como ya he dicho he tenido seis años para pasar revista a mi vida y tratar de descubrir dónde me equivoqué. Pero después del tiempo transcurrido he llegado a la conclusión que no ha sido por un error que podía evitar o por algo que pude cambiar. Las cosas suceden y se amontonan una detrás de la otra; como dice el dicho: una cosa llevó a la otra.

Ignoro el porqué de escribir estas líneas. En estos seis años no he sentido la necesidad de sincerarme con nadie ni tampoco conmigo mismo. El policía al que maté dejó viuda y una pequeña de tres años, y hasta ahora no me había sentido culpable por ello. Pero desde que decidieron la fecha de la ejecución, exactamente dentro de nueve días, que me estoy dando cuenta de mi propia mortalidad y de mi simple condición de humano. Supongo que mi inminente fin es la clave de todo.

Llevo entre rejas seis años ya. Hace cuatro que vi a mi madre y a mi hermano por última vez y ningún amigo ha venido a verme desde que me encerraron. Desde que me informaron de la fecha de la ejecución (en este estado se aplica mediante inyección letal), he tenido extrañas pesadillas describiendo con gran lujo de detalles el delito que me llevó al lugar en el que ahora estoy. Algo en mi interior amenaza con salir y si no fuera porque me conozco diría que se trata de mi deseo de redención.

No creo en dios; de hecho hasta ahora no creía en nada más que en mis actos. Pero cada día que pasa acercándome a mi destino que siento una presencia a mi lado; como algo invisible que me observa en silencio. Estoy confuso, incluso me he levantado a medianoche con lágrimas en los ojos y teniendo la

sensación que algo o alguien ha estado susurrándome palabras al oído. Si no fuera por mi carácter orgulloso hubiera pedido al capellán de la prisión su asesoramiento, pero como ya he dicho, no soy de los que muestran su debilidad a nadie; al menos hasta ahora.

Nueve días de vida, nada más. A veces pienso que tengo suerte de saber cuando va a acabar mi vida. Hay gente con una vida más próspera e interesante que la mía que perece sin darse cuenta al cruzar una calle con el semáforo de peatones en rojo. Atropellados por un autobús o por un loco con dieciséis válvulas y varias copas de más, ignoran que el ángel de la muerte revolotea sobre ellos hasta que sus huesos dan contra el suelo y la vida se desvanece. ¿Tendría yo que dar gracias al cielo?

Hace un par de días ejecutaron a un amigo que compartía corredor conmigo. Se llamaba Lawrence y era negro. Tal vez os suene extraño pero desde que estoy aquí que algo en mí ha cambiado. Sigo siendo el mismo de siempre; el mismo que se metía drogas y en líos. El mismo que se desplazaba al barrio de los negratos y rompía cristales a pedradas. El mismo que mató a un policía y dejó huérfana a una pequeña que vi durante apenas un instante durante el juicio. Pero la mayoría de los condenados son afroamericanos y al final acabas congeniando con ellos. Como ya he dicho, desde que estoy aquí se han producido cambios en mi manera de pensar y de ver las cosas. Ahora un negro encerrado conmigo en el corredor es un hermano de calvario y de destino, y de forma involuntaria muestras apoyo por alguien que en cierto modo es como tú. Lo

curioso del caso es que he tenido que ser condenado a muerte para darme cuenta que, después de todo todos los hombres son iguales ante la vida y la muerte, y por ello, no hay diferencias reales entre nosotros. Pero mientras los hombres vean con los ojos y no con el corazón; mientras la diferencia de color sea más fácil de ver que nuestro propio interior, entonces el racismo, el odio y el miedo a lo distinto seguirá rodeándonos a todos y esperará la más mínima oportunidad para estallar como un volcán.

Si ya me cuesta comprender los motivos que me han impulsado a escribir estas líneas, más me cuesta comprender a quién las estoy escribiendo. Tal vez a la madre de aquella pequeña a la que dejé huérfana de padre con un único y simple disparo a la cabeza. Quizá intento pedir perdón por mis actos, o tal vez es mi modo de solicitar la redención a ojos de dios; una manera como otra de rezar aunque ni yo mismo se si creo en él.

Como no-creyente que era de joven nunca he pensado ni en el cielo ni en el infierno. Pero he pasado veintitrés horas al día metido en mi celda durante los últimos seis años, y todavía no he llegado a ninguna conclusión. En mi parecer todos acabamos volviendo a la tierra, reencarnados en otros cuerpos y con los conocimientos de nuestras vidas anteriores grabados en nuestra alma. De este modo podemos remediar de un modo relativo los errores que cometimos durante otras reencarnaciones. Tal vez suena estúpido pero ahora mismo lo único en lo que pienso es del modo en que voy a morir, no del modo en que viviré una vez muerto.

Me hallo a escasas horas de mi ejecución, y como

habréis podido leer mis pensamientos son tan confusos como los de un niño de cinco años. Hay cosas que voy a lamentar dejar atrás; me refiero a situaciones y momentos habituales de la vida que nunca más podré experimentar: El sabor fresco de mi boca y mi aliento después de cepillarme los dientes, el aroma de una rosa abriéndose con el rocío, la suavidad de la piel de una mujer. Hay tantas y tantas cosas que jamás voy a poder sentir; me refiero a sentirlas como en realidad se tienen que sentir: con el alma.

Si me lo preguntaran ahora respondería que sí lamento mi vida anterior, sí siento remordimientos por lo que hice, y sí cambiaría mi vida por la de aquél poli muerto; si de este modo no me tomaran en cuenta mis delitos y mis errores en mi próxima reencarnación. Pero van a ejecutarme como al asesino de un policía y eso; al igual que ciertos detalles de mi vida y de mi pasado jamás podré cambiarlo.

Pero al menos durante estos años he aprendido la lección, y todos los errores que he cometido han acabado transformándose en una victoria aplastante. Pese a ser culpable de asesinato, decenas de hurtos menores y delitos algo mayores, he logrado lo más difícil de todo: sincerarme conmigo mismo, perdonarme a mí y al camino que recorrí, y aceptar el castigo que me merezco por ello. A nueve días de mi ejecución puedo mirarme al espejo con la conciencia tranquila porque; pese a seguir siendo culpable me he visto a mí mismo como un hombre que ha sido liberado de su propia culpa. He aceptado mi responsabilidad y el castigo que merezco; y gracias a ello me siento libre. Me siento libre porque una vez regrese al mundo lo haré con una nueva conciencia y un nuevo modo de pensar

y actuar, y puedo jurar por mi alma inmortal que mi vida en adelante no será igual que la que en breve voy a abandonar.

Tal vez ni vosotros mismos creáis en Dios, en el cielo o en la reencarnación. Ni yo mismo sé todavía en lo que creo. Pero mientras una pequeña llama de esperanza queme en vuestra alma, la posibilidad de que un pequeño milagro se produzca en vuestras vidas jamás se desvanecerá. Yo estoy condenado y no hay ya esperanza para mí. Pero pese a ello estoy convencido que mi alma quedará libre por fin de pecado y muy pronto accederá al lugar astral que merece ocupar. Tal vez no lo lograré en esta vida ni en la siguiente, pero algo ha cambiado dentro de mí desde que estoy en este infierno y sé que sólo por ello una recompensa recibiré. Moriré siendo un miserable ladrón asesino e hijo de puta, pero del mismo modo os digo que el precio que voy a pagar por mi redención va a ser muy pequeño comparado con mis faltas. No voy a abandonar este mundo con odio en el corazón; lo voy a abandonar con la esperanza de que mis errores forman parte del pasado y pensando que el universo ha ideado un nuevo plan para mí para el futuro. Si un simple perdedor como yo ha sido capaz de cambiar, imaginad lo que la gente como vosotros es capaz de lograr si por una vez en vuestras vidas contemplarais el mundo con el corazón y no con los ojos.

Hasta siempre.

–Benjamin Webster–

Benjamin Webster fue ejecutado a las 23:45h del 4 de agosto de 2002 en el Corredor de la Muerte del Complejo Correccional Federal Butner, en Carolina del Norte mediante inyección letal. Fue condenado por la muerte de Harry Styles, sargento de policía fuera de servicio abatido por Webster el 10 de junio de 1996 a las 20:16h de un disparo a la cabeza durante un atraco frustrado, dejando esposa y una hija. Su última cena consistió en una hamburguesa doble de ternera con bacon, huevo y mayonesa, acompañada de un cubo de patatas fritas y un batido de chocolate.

Solo hubo tres testigos de la ejecución: La madre del agente Styles, su esposa, Natalie y la hija de ambos, Corie, de nueve años.

Nadie de la familia de Webster reclamó su cadáver. Por ello fue enterrado en la fosa común anexa al mismo centro penitenciario en el que solo una sencilla cruz de madera con su número de preso señala su lugar de reposo eterno.

Este relato es la carta de despedida íntegra que Webster terminó de escribir después de cenar, a las 22:30h de la misma noche del 4 de agosto. Se han cambiado los nombres de los protagonistas, pero su historia sigue siendo recordada.